

POLÍTICA DESPOLITIZADA, DE ORIENTE A OCCIDENTE

Los comentaristas chinos han estado curiosamente ausentes de las discusiones internacionales acerca de la década de 1960, a pesar del hecho de que la Revolución Cultural estuvo en el centro de aquella década tumultuosa¹. Mi tesis es que ese silencio representa no sólo un rechazo del pensamiento y la práctica radicales de la Revolución Cultural, sino también una negación de todo el «siglo revolucionario» chino –el periodo comprendido entre la Revolución Republicana de 1911 y 1976–. El prólogo de este siglo fue el periodo comprendido entre el fracaso de la Reforma de los Cien Días de 1898 y el levantamiento de Wuchang en 1911; su epílogo fue la década comprendida entre finales de la de 1970 y hasta 1989. Durante toda esta época, las Revoluciones francesa y rusa fueron modelos de referencia para China, y las orientaciones respecto a las mismas definieron las divisiones políticas de aquel tiempo. El movimiento de la Nueva Cultura del periodo del Movimiento del Cuatro de Mayo celebró la Revolución francesa y sus valores de libertad, igualdad y fraternidad; la primera generación de miembros del Partido Comunista adoptó la Revolución rusa como modelo, criticando el carácter burgués de 1789. A raíz de la crisis del socialismo y el surgimiento de las reformas en la década de 1980, disminuyó el aura de la Revolución rusa y reaparecieron los ideales de la Revolución francesa. Sin embargo, con el carpetazo final del siglo revolucionario chino, el radicalismo de las experiencias francesa y rusa se ha convertido en blanco de la crítica. De esta suerte, el rechazo chino de la década de 1960 no es un incidente histórico aislado, sino un componente orgánico de un proceso desrevolucionario constante y totalizador.

¿Por qué la década de 1960 se presenta como un tema más occidental que asiático? En primer lugar, aunque las décadas de 1960 occidental y asiática mantuvieron conexiones entre sí, hubo también diferencias muy importan-

¹ La *NLR* y el autor quieren dar las gracias a Kuan-Hsing Chen, Chua Beng-Huat, Christopher Connery y a la revista *Inter-Asia Cultural Studies* por su amabilidad al permitir la publicación de este extracto reelaborado de «Política despolitizada». El texto completo ha sido publicado como «Depoliticized Politics, Multiple Components of Hegemony and the Eclipse of the Sixties», *Inter-Asia Cultural Studies* vii, 4, número especial sobre la década de 1960 en Asia, coordinado por Christopher Connery.

tes. En Europa y América, el ascenso de los movimientos de protesta de la década de 1960 trajo consigo un cuestionamiento de las instituciones políticas del capitalismo y una crítica exhaustiva de su cultura. La década de 1960 occidental se abalanzó sobre el Estado de la posguerra, criticando despiadadamente sus políticas internas y externas. En cambio, en el Sureste asiático (en Indochina en particular) y en otras regiones, los levantamientos de la década de 1960 se manifestaron en forma de lucha armada contra la dominación imperialista y la opresión social occidental. Los movimientos políticos revolucionarios lucharon para transformar el Estado nación, para crear su propio espacio soberano destinado al desarrollo económico y la transformación social. En el contexto actual, las revoluciones armadas de la década de 1960 parecen haber desaparecido de la memoria y del pensamiento; los problemas de la crítica capitalista permanecen.

Un segundo punto atañe al carácter particular de la década de 1960 china. A comienzos de la década de 1950, la República Popular de China apoyó incondicionalmente a los movimientos de liberación del Tercer Mundo y en general al Movimiento de Países No Alineados, llegando al enfrentamiento con la principal potencia militar mundial, Estados Unidos, en Corea y Vietnam. Cuando los radicales europeos desarrollaron una crítica de izquierda del estalinismo en la década de 1960, descubrieron que China ya había llevado a cabo un exhaustivo análisis crítico de la línea soviética ortodoxa. Sin embargo, a medida que fue consolidándose una forma completamente nueva de Estado-partido, la corrosión de la despolitización comenzó ya a echar sus raíces. Sus manifestaciones más importantes fueron la burocratización y las luchas internas de poder dentro del Estado-partido, que a su vez condujeron a la eliminación de la libertad de discurso. Con el lanzamiento de la Revolución Cultural, Mao y otros dirigentes del partido buscaron una panoplia de tácticas para combatir esas tendencias, pero el resultado final fue siempre que estas luchas se vieron implicadas en los procesos mismos —de despolitización en formas de lucha de facciones y de burocratización— que estaban destinadas a combatir, conduciendo así a una nueva represión política y a la rigidificación del Estado-partido.

Antes incluso de 1976, la década de 1960 había perdido su esplendor a los ojos de muchos chinos a causa de las continuas luchas entre facciones y las persecuciones políticas que tuvieron lugar durante la Revolución Cultural. Tras la muerte de Mao y la restauración del poder de Deng Xiaoping y otros dirigentes, el Estado chino emprendió una «negación a fondo» de la Revolución Cultural desde finales de la década de 1970. Asociado a los sentimientos populares de incertidumbre y desilusión, esto condujo a un fundamental cambio de actitudes que ha durado hasta la actualidad. En los últimos treinta años, China ha pasado de ser una economía planificada a una economía de mercado, de cuartel general de la revolución mundial a próspero centro de la actividad capitalista, de nación antiimperialista del Tercer Mundo a uno de los «socios estratégicos» del imperialismo. Hoy, la objeción más poderosa a todo intento de análisis crítico de los problemas de China —la crisis de la sociedad agrícola, el creciente abismo entre los

sectores rural y urbano, la corrupción institucionalizada— es la expresión: «¿Así que quieres volver a los tiempos de la Revolución Cultural?». El eclipse de la década de 1960 es un producto de esta despolitización; el proceso de «negación radical» ha reducido la posibilidad de toda crítica política real de las tendencias históricas actuales.

Finales revolucionarios

Así pues, ¿cómo habría que entender la politización del periodo anterior de posguerra? El resultado de las dos Guerras Mundiales sirvió para dismantelar el sistema eurocéntrico de Estados; con el comienzo de la Guerra Fría, el orden mundial quedó determinado ante todo por la división antagonista entre los bloques estadounidense y soviético. Uno de los éxitos prodigiosos de la década de 1960 fue la ruptura de este orden bipolar. Desde la Conferencia de Bandung en 1955 hasta la victoria de la Revolución vietnamita en 1975, los movimientos sociales y las luchas armadas en Asia, África y América Latina adoptaron la forma de un «proceso de politización» que forzó una apertura en el orden de la Guerra Fría. La «teoría de los tres mundos» de Mao fue una respuesta a esta nueva configuración histórica. Mientras que los movimientos de liberación nacional se sacudían el dominio del imperialismo occidental, la ruptura del bloque comunista que comenzó con el cisma chino-soviético creó a su vez un espacio para un debate renovado sobre el futuro del socialismo. Las luchas teóricas y políticas condujeron a la formulación de desafíos a las estructuras de poder, que habían cobrado un carácter cada vez más óseo dentro del campo socialista. También éste puede ser considerado como un proceso de politización.

Sin embargo, la década de 1960 china contenía asimismo una «tendencia a la despolitización» portadora de una contradicción interna, cuando las luchas contra la burocratización se vieron subsumidas en las batallas entre facciones —y, sobre todo, en la violencia que acarrearón a finales de la década de 1960—. En su importante ensayo «How to Translate Cultural Revolution» [«Cómo traducir la Revolución Cultural»], el sociólogo italiano Alessandro Russo sostiene que estas violentas luchas entre facciones crearon una crisis de la cultura política que se había desarrollado en los primeros años de la Revolución Cultural, centrada en el debate y en múltiples formas de organización². Esta crisis puso en bandeja la ocasión para que reentrara en escena el Estado-partido. En este sentido, las últimas fases de la Revolución Cultural se desarrollaron dentro de un proceso de despolitización.

² Alessandro Russo, «How to Translate Cultural Revolution», *Inter-Asia Cultural Studies* VII, 4. Quisiera expresar mi profundo agradecimiento a Alessandro Russo y Claudia Pozzana, con los que mantuve extensas discusiones sobre estos temas en la Universidad de Bolonia en 2004. Gracias a ellos he podido escribir este ensayo.

El vaciamiento de la democracia occidental

Las reflexiones de Russo sobre la Revolución Cultural han de ser cotejadas con su análisis del ocaso de los sistemas democrático-parlamentarios de Occidente en los últimos treinta años. La piedra angular de estas democracias parlamentarias, sostiene, eran los partidos políticos. Un sistema pluripartidista presupone que cada partido tiene un carácter representativo y valores políticos específicos, por los cuales luchará contra sus rivales dentro del marco parlamentario-institucional. Sin embargo, a medida que el carácter y los valores de los partidos se vuelven cada vez más indeterminados dentro de un amplio consenso macroeconómico, la verdadera política democrática desaparece. Bajo tales condiciones, el Parlamento pasa de esfera pública a un aparato para asegurar la estabilidad nacional.

Así pues, en el meollo de la crisis contemporánea de la democracia encontramos el ocaso del partido político. En el contexto de un sistema de partidos debilitado, los Estados-nación se despolitizan. Desde esta perspectiva, parecería existir una dinámica interna común tanto al sistema de partido único como al pluripartidista. En los últimos treinta años, a pesar de sus diferencias estructurales, internas e históricas, tanto China como Occidente se han visto atrapados en una corriente de despolitización. En la China contemporánea, el espacio para el debate político se ha visto eliminado en gran parte. El partido ya no es una organización dotada de valores políticos específicos, sino un mecanismo de poder. Incluso dentro del partido ya no resulta fácil sacar adelante un verdadero debate; las divisiones son interpretadas como diferencias técnicas en el camino hacia la modernización, que sólo pueden ser resueltas dentro de las estructuras de poder. Desde mediados de la década de 1970, el PCCh no ha llevado a cabo ningún debate público acerca de los valores o la estrategia políticos. Sin embargo, una de las características destacadas de las transformaciones revolucionarias de la China del siglo xx fue la constante e íntima conexión entre el debate teórico y la práctica política.

Un ejemplo clave de este proceso fue la desaparición del concepto de «lucha de línea» después de la Revolución Cultural. Aunque ésta fue la terminología utilizada por los vencedores de los conflictos de facción, ilustraba a su vez un elemento central de la historia del PCCh: toda gran batalla política estuvo inextricablemente vinculada a consideraciones teóricas y a un debate político de importancia. Desde la contraposición de distintos análisis de la cuestión de la derrota revolucionaria que trajo consigo la catástrofe de 1927, pasando por las disputas teóricas de principios de la década de 1930 acerca del carácter social de la Revolución china; desde las discusiones de política nacional e internacional en los periodos del Soviet Central y de Yan'an a los debates acerca de la contradicción durante la Revolución Cultural, podemos rastrear una serie de importantes divisiones teóricas que se derivan de la discrepancia entre distintos análisis de las condiciones sociales y que tienen implicaciones divergentes para la estrategia de partido.

A mi juicio, precisamente tales batallas teóricas conservan la vitalidad interna de un partido y aseguran que no se convierta en una organización política despolitizada. El sometimiento de la teoría y la práctica a la «lucha de línea» funciona además como un mecanismo correctivo, que permite al partido el reconocimiento y la enmienda de sus errores.

Debido a la ausencia de mecanismos de funcionamiento para la democracia interna del partido, con frecuencia estos debates y diferencias tuvieron que «resolverse» mediante luchas entre facciones. Después de la Revolución Cultural, muchos de aquellos que padecieron durante el proceso llegaron a detestar en un principio, para repudiar después, el concepto de «lucha de línea». Cuando recuperaron el poder a finales de la década de 1970, trataron únicamente de eliminar este tipo de argumento en nombre de la unidad del partido, en vez de analizar las condiciones a cuyo través la «lucha de línea» degeneró en un mero juego de poder. Esto produjo no sólo la completa eliminación de la vida política del partido, sino que también destruyó la posibilidad de explorar la relación entre el partido y la democracia. Antes bien, sentó las bases de la estatización –esto es, la despolitización– del partido.

Durante la década de 1960 China llegó a desarrollar una agenda teórica variada y extensa, que giraba alrededor de cuestiones como la dinámica de la historia, la economía de mercado, los medios de producción, la lucha de clases, el derecho burgués, la naturaleza de la sociedad china y el estatuto de la revolución mundial. Hubo encendidos intercambios entre diferentes bloques políticos acerca de todas estas cuestiones; el vínculo entre teoría y cultura política sirve de cifra de aquel periodo. En el contexto de su trayectoria posterior, podemos ver que el proceso de despolitización de China llegó a presentar dos características decisivas: en primer lugar, la «desteorización» de la esfera ideológica; en segundo lugar, hacer de la reforma económica el centro exclusivo del trabajo del partido.

En lo que respecta a la desteorización, el punto de inflexión tuvo lugar en la década de 1970, cuando la interconexión mutua entre teoría y práctica fue sustituida por la idea de «cruzar el río tentando las piedras». No obstante, la figura de «tentar las piedras» no describe de manera precisa, por varios motivos, el proceso de reformas. En primer lugar, a mediados de la década de 1970, el PCCh emprendió una serie de encendidas discusiones teóricas acerca del mercado, la remuneración del trabajo, los derechos civiles y otras cuestiones, tratando así buena parte de los asuntos fundamentales a los que se enfrentaba el país. Sin estos debates, cuesta imaginar cómo habrían podido determinarse el curso de la reforma y el desarrollo de una economía de mercado. Posteriormente, desde finales de la década de 1970 hubo una serie de discusiones sobre el problema del socialismo, el humanismo, la alienación, la economía de mercado y la cuestión de la propiedad tanto dentro del PCCh como de la sociedad china en su conjunto –donde las dos discusiones, dentro y fuera del partido, constituyeron un único proceso continuo–. Fueron éstas, por lo tanto, tendencias compensatorias de la «desteorización» general.

La segunda característica del proceso de despolitización ha sido la de situar la reforma económica en el centro de todo el trabajo del partido. En términos formales, esto ha acarreado la sustitución de la precedente «doble línea» de «revolución y construcción» por la «construcción». Estas opciones políticas —comprensiblemente— suscitaron una aprobación generalizada a finales de la década de 1970, pues se presentaron como una respuesta a las luchas entre facciones y al carácter caótico de la política durante los últimos años de la Revolución Cultural. Sin embargo, a estas alturas la tensión entre partido y política había sido eliminada por completo. La unificación de la política y el Estado —el sistema de Estado-partido— menoscabó la cultura política previa.

¿Del Estado-partido al partido-Estado?

El concepto de «Estado-partido» fue, desde luego, un término despectivo de la Guerra Fría aplicado por Occidente a los países comunistas. Hoy en día todas las naciones del mundo se han convertido en Estados-partido o, si ensanchamos el término, en Estados-partidos. Desde el punto de vista histórico, el desarrollo de los sistemas políticos modernos a partir de las formas monárquicas precedentes fue un proceso sumamente irregular; hacia mediados del siglo xx, los partidos aún no se habían visto subsumidos dentro de los parámetros de la política nacional en China. La creación de un nuevo sistema de Estado-partido fue uno de los desarrollos fundamentales del periodo de posguerra.

A medida que el partido, a través del proceso de ejercicio del poder, se tornó en sujeto del orden estatal, fue transformándose cada vez más en un aparato despolitizado, en una máquina burocrática, y dejó de funcionar como estímulo de las ideas y la práctica. Por esta razón, caracterizaría la forma dominante contemporánea como el producto de una transformación del sistema de Estado-partido en uno de partido-Estado o de «multipartido-Estado». Esto implica que el partido ya no se ajusta a su antiguo papel político, sino que se torna en un componente del aparato del Estado. A este respecto quiero hacer hincapié en el cambio de la identidad del partido: una vez que éste deja de tener su punto de vista valorativo o sus objetivos sociales propios, sólo puede mantener una relación estructural-funcionalista con el aparato del Estado. Si el sistema de partido-Estado es el resultado de una transformación crítica del Estado-partido, la China contemporánea es la encarnación de esa tendencia. Sin embargo, el caso chino también puede ser considerado como un síntoma de la dinámica mundial de despolitización. Los análisis que, eludiendo el reconocimiento de la crisis generalizada de la política de partido, intentan recetar los mejores métodos para la reforma del sistema chino —entre los que incluyen el establecimiento de una democracia representativa multipartidista de estilo occidental, en tanto que objetivo de las reformas políticas chinas— no son a su vez sino extensiones de esta despolitización.

La Revolución Cultural fue tal vez la última fase de la secuencia política en la cual el Estado-partido reconoció que se enfrentaba a una crisis y que

debía llevar a cabo una autorrenovación. Los debates políticos en las primeras fases de la Gran Revolución Cultural Proletaria incluyeron corrientes que albergaban la esperanza de quebrar la autoridad del partido y del Estado con el fin de promover el objetivo de avanzar hacia una auténtica soberanía popular. La Revolución Cultural fue una reacción contra una primera fase de la estatización del partido; para cambiar ese rumbo, se consideró que era necesario hacer un reexamen de los valores políticos del partido. Los intentos de removilización social y de estímulo de la vida política fuera del contexto del Estado-partido fueron características decisivas de este primer periodo. En estos años, las fábricas de toda China fueron reorganizadas conforme al modelo de la Comuna de París, mientras que las escuelas y otras unidades emprendieron una experimentación social. De resultados de la reafirmación del sistema de Estado-partido, la mayor parte de estas innovaciones fueron efímeras y los procesos extraestatales de activismo político no tardaron en ser eliminados. Sin embargo, algunos vestigios de estos primeros experimentos permanecieron en ulteriores reorganizaciones del Estado y el partido: por ejemplo, la política de admisión de representantes obreros, campesinos y del ejército en las posiciones de liderazgo, o el requisito de que todos los niveles del Estado y del partido enviaran a sus miembros a realizar trabajos sociales en las aldeas o las fábricas rurales, etc. Estas prácticas, contaminadas del carácter del sistema burocratizado e incapaces, por lo tanto, de desencadenar las energías creativas, se tornaron, a finales de la década de 1970, en los primeros blancos de la campaña gubernamental que pretendía «acabar con la suciedad» y «volver a la normalidad».

Hoy, obreros y campesinos han desaparecido completamente, no sólo de los órganos de dirección del partido y del Estado, sino también del Congreso Nacional del Pueblo. A raíz del fracaso de la Revolución Cultural y del desarrollo de una sociedad de mercado, la despolitización se ha convertido en una de las corrientes dominantes de la época. En su centro encontramos la convergencia creciente entre la política y el Estado-partido, y el surgimiento del sistema de partido-Estado.

Concepto de clase

La consolidación del sistema de partido-Estado en el contexto chino está directamente ligada al concepto de clase. El carácter representativo de los partidos comunistas se tornó cada vez más problemático con el establecimiento de los Estados bajo dominio comunista. A raíz de la escisión chino-soviética a finales de la década de 1950 y principios de la de 1960, Mao hizo hincapié en el concepto de clase para estimular una renovación de la cultura política del partido. Su blanco era la idea soviética de «partido de todo el pueblo», que no sólo daba fe de una confusión acerca del carácter representativo del PCUS, sino que señalaba la despolitización del sistema de Estado-partido. Aunque no podemos, en el espacio de este artículo, evaluar la teoría de clases marxista clásica, es preciso insistir en que,

en la práctica política china, la clase no es tan sólo una categoría estructural centrada en la naturaleza de las formas de propiedad o en la relación con los medios de producción, sino que es más bien un concepto político basado en el llamamiento a la movilización y la autorrenovación que lleva a cabo el partido revolucionario. Asimismo, dentro del partido el concepto fue utilizado para estimular el debate y la lucha, al objeto de evitar la despolitización bajo las condiciones de la administración del poder por parte del partido. El concepto indicaba las actitudes de las fuerzas sociales o políticas hacia la política revolucionaria, en vez de la situación estructural de una clase social.

Sin embargo, este concepto de clase altamente subjetivo contenía contradicciones y peligros intrínsecos. Una vez que cristalizó en una idea estructural inmutable –esto es, un concepto despolitizado de clase–, su dinamismo político se evaporó. En tanto que discurso esencializado de la identidad de clase, se demostró incapaz de estimular la transformación política. En vez de ello, se transformó en la más opresiva de las lógicas de poder, la base del carácter despiadado de las posteriores luchas entre facciones. El predominio cada vez mayor de los discursos de tipo identitario, del «origen familiar» o el «linaje de sangre» fue una negación y una traición de la perspectiva subjetivista y activista que constituía el meollo de la Revolución china, cuya tarea central fue el desmantelamiento de las relaciones de clase formadas a lo largo de una historia de violencia y de relaciones de propiedad desiguales.

La tragedia de la Revolución Cultural no fue un producto de su politización –entendiendo por ello el debate, la investigación teórica, la organización social autónoma, así como la espontaneidad y la vitalidad del espacio político y discursivo–. La tragedia fue un resultado de la despolitización: luchas entre facciones polarizadas que eliminaron la posibilidad de esferas sociales autónomas, transformando el debate político en un mero recurso de las luchas de poder, y la clase en un concepto identitario esencializado. El único modo de superar la tragedia de este periodo pasa por la comprensión de sus dimensiones de repolitización. Si adoptamos 1989 como punto conclusivo de la década de 1960, la consolidación de la despolitización, esto debe implicar que podría haber marcado también el comienzo de la larga marcha hacia la repolitización.

Derrotas y despolitización

Explicar el fenómeno de la despolitización es una tarea complicada; manifestamente, su dinámica no puede ser analizada únicamente dentro de los confines de China. Considerada desde una perspectiva histórica, podría sostenerse que amplias corrientes de despolitización surgieron a raíz de prácticamente toda sacudida revolucionaria derrotada: después de la Revolución francesa y del aplastamiento de los levantamientos de 1848; después de la década de 1960 en Europa y Asia; después de 1989. El análisis que

Carl Schmitt realizara de lo que denominó la «neutralización» ofrece una perspectiva adicional de esclarecimiento acerca de este proceso³. Para Schmitt, el problema político central de la década de 1920 era la contención del creciente poder de la clase obrera. La interpenetración asistemática entre lo político y lo económico durante el periodo fue, desde esta perspectiva, un error y un peligro. Él buscaba una nueva forma de relación entre lo político y lo económico, ni de tipo *laissez-faire* ni socialdemócrata. El concepto schmittiano de neutralización, aunque está concretamente situado dentro del contexto de la historia intelectual y política occidental, está manifiestamente abierto a una aplicación más amplia.

Históricamente, el desarrollo del sistema capitalista se basó en la separación hipotética de la economía y la política, por mor del desafío de la burguesía naciente al monopolio que la aristocracia mantenía sobre ambos. Schumpeter utilizó el concepto de «intercambio político» para describir el proceso a cuyo través esto tuvo lugar. Sin la protección sustantiva de algunos elementos aristocráticos, la burguesía habría sido incapaz de promover sus propios intereses de clase. El intercambio político presupone una cierta separación entre las esferas política y económica, sin la cual no podrían darse tales intercambios. Desde esta perspectiva, la separación entre política y economía no es un fenómeno natural, sino el producto de la ambición capitalista de hacerse cargo de una cuota de poder cada vez mayor. Durante el largo siglo XIX, este objetivo fue conseguido gradualmente en la estructuración nacional y supranacional de la economía de mercado. El capitalismo contemporáneo intenta crear una esfera económica de mercado cerrada sobre sí misma y un orden político despolitizado, en el que el concepto clave es el de Estado neutral.

Desde el punto de vista clásico, una vez que la burguesía afirmó su dominio contra el poder de la monarquía y la aristocracia, una suerte de política despolitizada sustituyó a las múltiples estructuras políticas del periodo revolucionario, el producto del intercambio político, por medio de la unificación de los elementos capitalistas y no capitalistas en el estrato dirigente. Este proceso de despolitización implicó, por ejemplo, la legitimación por vía constitucional de la expropiación de los activos sociales y nacionales por parte del *nouveau riche*. De resultas de ello, el significado de democracia pasó de las formas populares a las representativas, el Estado nación pasó de un espacio político a una estructura de dominio institucionalizada, mientras que la política de partido lo hizo de una lucha por la representación a un mecanismo de distribución del poder.

La época del capital financiero ha implicado una nueva institucionalización y la legalización del concepto de un mercado espontáneamente autorregulado, que constituye la panacea central de la economía neoclásica, bajo la

³ Véase Carl SCHMITT, «The Age of Neutralizations» [1929], *Telos* 96 (verano 1993) [ed. cast.: *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza, 1998].

cual todas las instituciones y formas de asignación del trabajo no capitalistas son menospreciadas como «interferencia política». La expansión ilimitada de la economía de mercado en lo político, lo cultural, lo doméstico y otras esferas es considerada como un proceso apolítico, «natural». En este sentido, el concepto neoclásico y neoliberal del mercado es una ideología agresivamente positivista y políticamente despolitizada. La retirada del Estado defendida por estas fuerzas es una proposición fundamentalmente despolitizadora.

El intercambio partido-clase en China

La despolitización actual en China abarca, sin embargo, otro tipo de intercambio político, caracterizado por el esfuerzo de la elite del partido por transformarse en representante de intereses especiales a la par que conserva el poder político. En este caso corresponde al capital transnacional el paso por un proceso de intercambio despolitizador para conseguir el respaldo del aparato de poder. Habida cuenta de que la mercantilización tiene lugar bajo el patrocinio del Estado, muchos aspectos del aparato están imbricados en la esfera económica. (En un sistema de partido-Estado, esto debe incluir también al aparato del partido.) La «reforma» de los derechos de propiedad, que ha conducido a expropiaciones a gran escala, constituye un ejemplo conspicuo de este intercambio despolitizador, que utiliza la ley para despolitizar el traspaso de derechos de propiedad. En el contexto chino contemporáneo, ideas tales como la modernización, la globalización y el crecimiento pueden ser consideradas como una ideología despolitizada o antipolítica, cuyo uso generalizado milita en contra de una comprensión política popular de los cambios sociales y económicos que están en juego en la mercantilización. Partiendo de estos presupuestos, la crítica de la corrupción es asimismo una crítica de niveles de desigualdad e injusticia mucho más profundos, que están implicados en el proceso de traspaso de activos.

Tres factores sostienen la fase actual de la despolitización en China:

- ▶ En el proceso de mercantilización, el límite entre la elite política y los propietarios de capital se torna cada vez más vago. De esta suerte, el partido político está cambiando su base de clase.
- ▶ Bajo condiciones de globalización, algunas de las funciones económicas del Estado nación son cedidas a organizaciones de mercado supranacionales (OMC), de tal suerte que llega a consolidarse un orden legal globalizado y despolitizado.
- ▶ Tanto el mercado como el Estado se ven gradualmente neutralizados o despolitizados; las divisiones en torno a cuestiones relativas al desarrollo se tornan en disputas técnicas sobre mecanismos de ajuste del mercado. Las divisiones políticas entre trabajo y capital, izquierda y derecha, se ven condenadas a desaparecer.

Aunque estos cambios comenzaron a finales de la década de 1970 y florecieron en la de 1980, han alcanzado un predominio mundial en la época de la globalización neoliberal.

Estado e ideología

El proceso de despolitización contemporáneo es un producto de esta transformación histórica, bajo la cual ha llegado a naturalizarse una nueva desigualdad social. La crítica de esta desigualdad debe llevar a cabo una repolitización como precondition de su propio éxito. El meollo de esta repolitización consiste en la destrucción, en la teoría y la práctica, del Estado «natural», neutral. La desnaturalización debe ser utilizada para combatir la despolitización.

¿Cómo hemos de conceptualizar el Estado contemporáneo? En el ámbito de la teoría marxista, el surgimiento del Estado «neutral» ha llevado a algunos autores a postular una separación entre el poder del Estado y el aparato del Estado, y a limitar los objetivos de la lucha política a la cuestión del poder del Estado. En realidad, como señaló Althusser, «en su práctica política, los clásicos marxistas trataron el Estado como una realidad más compleja» que en la definición que proporcionaba su teoría⁴. Esta definición, sostenía Althusser, carecía de una descripción objetiva de los «aparatos ideológicos de Estado». A diferencia del «aparato represivo de Estado», los AIE incluyen la religión, la educación, la familia, el derecho, los sindicatos, los partidos políticos, los medios de comunicación, la esfera cultural. Aunque sólo hay un aparato represivo de Estado unificado, existe «una pluralidad de aparatos ideológicos de Estado». Y mientras que el ARE pertenece al dominio público, la mayor parte de los AIE están en la esfera privada. Bajo el Estado precapitalista, «había un aparato ideológico de Estado dominante: la Iglesia», mientras que bajo el capitalismo los AIE se desplazaron al par escuela-familia. De esta suerte, la victoria en la lucha política por el poder del Estado tuvo que ver también con la capacidad de entablar una batalla en la esfera de los aparatos ideológicos de Estado.

El sistema de AIE central en la China de la época socialista incluía los ministerios de propaganda, cultura y educación. Este sistema asociaba las funciones de AIE y ARE, pero predominaba el AIE. En la China contemporánea, aunque este aparato todavía se esfuerza por desempeñar una función ideológica, ha de enfrentarse a obstáculos insuperables. De tal suerte que ha pasado a desempeñar una función represiva; su control de los medios de comunicación y de otras esferas no es principalmente ideológico, sino que se basa más bien en la necesidad de mantener la estabilidad. Sin embargo, toda vez que todos los aparatos del Estado penetran profundamente en las

⁴ Louis ALTHUSSER, «Ideology and Ideological State Apparatuses (Notes Toward an Investigation)», en *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Londres, 1971, p. 135 [ed. cast.: *Ideología y aparatos ideológicos de estado, Freud y Lacan*, Madrid, Visión Net, 2002].

instituciones de la vida cotidiana, el carácter existencial fundamental del Estado mismo cobra una especie de forma política despolitizada. Esto se ve complementado cada vez más por la hegemonía ideológica del mercado.

Tres componentes de la hegemonía

Así pues, para enfrentarnos a la lógica de la política despolitizada, debemos analizar las formas de la hegemonía contemporánea. Sostendré que hay tres componentes de esta hegemonía, dotadas de complejas interrelaciones históricas. En primer lugar, tal como queda esclarecido con el concepto gramsciano de hegemonía y con los «aparatos ideológicos del Estado» de Althusser, la hegemonía y el monopolio soberano de la violencia por parte del Estado se implican mutuamente. Gramsci identificó dos modalidades de la operación de hegemonía: el poder directivo y el liderazgo intelectual y moral. El poder dirigente opera en el ámbito de la coerción, mientras que el liderazgo hace referencia a la estrategia del grupo dominante a la hora de proponer soluciones para problemas comunes, lo que al mismo tiempo pone en sus manos poderes excepcionales. De acuerdo con los *Cuadernos de la prisión*, el Estado es una forma particular de estructura colectiva cuyo propósito consiste en crear las condiciones más ventajosas para la expansión y el desarrollo de sus capacidades totales.

En segundo lugar, el concepto de hegemonía ha estado íntimamente vinculado con las relaciones interestatales. Los estudios occidentales han tendido a distinguir el enfoque de Gramsci de la crítica del concepto de potencia hegemónica internacional elaborado en el pensamiento político chino. Lo que me interesa aquí es la tentativa de reconstruir los vínculos teóricos e históricos entre ambos. El concepto de poder hegemónico de Mao siempre se utilizó dentro de la esfera de las relaciones globales. La teoría de los «tres mundos» no sólo postulaba el Tercer Mundo como un sujeto político que, por medio de vínculos y rupturas con elementos del Segundo Mundo, se opondría a los dos poderes hegemónicos, Estados Unidos y la URSS, y daría forma a un nuevo tipo de relaciones internacionales. Intentaba asimismo, a través de la investigación teórica, el debate político y la apelación moral, romper el poder ideológico y el prestigio de los sistemas estadounidense y soviético. La práctica de la contrahegemonía implicaba una contestación de la autoridad *cultural*. Los antiguos clásicos chinos, *Los anales de primavera y otoño* y el *Comentario del maestro Zuo* utilizan los conceptos de autoridad ducal –control mediante la fuerza– y autoridad hegemónica –dominio a través de ritos y rituales– para diferenciar los dos tipos de poder en los antiguos Estados de Qi, Jin, Chu y Qin. Aunque en el mundo chinoparlante el concepto de hegemonía hace referencia por regla general al dominio y el control políticos, económicos o militares, implica también la cuestión de la ideología.

El concepto gramsciano de hegemonía y el concepto maquiaveliano de poder son explícitamente asociados en *El largo siglo xx*, de Giovanni Arrighi, donde la esfera de la hegemonía ideológica nacional es vinculada a las

relaciones políticas internacionales. En Maquiavelo, el poder une consentimiento y fuerza: el poder implica el uso de la fuerza armada o la amenaza de la fuerza armada; el consentimiento implica autoridad moral. En virtud de su poder hegemónico, Estados Unidos se ha convertido en un modelo de despolitización, así como de modernización, mercantilización y globalización; gracias a lo cual ha establecido su propia autoridad ideológica global. La hegemonía estadounidense descansa en los fundamentos múltiples de un monopolio de la violencia, el predominio económico y el «poder blando» ideológico. Sin embargo, precisamente en la medida en que el proceso de despolitización tiene dimensiones nacionales e internacionales, la posibilidad de romper esta solución política despolitizada también existe dentro de estas dos dimensiones. La debacle del expansionismo militar estadounidense desde 2001 podría sumar un número creciente de fuerzas globales a esta «desamericanización».

En tercer lugar, la hegemonía no sólo atañe a las relaciones nacionales o internacionales, sino que está íntimamente ligada al capitalismo transnacional y supranacional; también debe ser analizada dentro de la esfera de las relaciones de mercado globalizadas. Los clásicos de la economía política insistieron en que el proceso de reproducción era un proceso global inagotable e interminable; algo que nunca se ha presentado de forma tan clara como en la actualidad, cuando la ideología del mercado constituye un tipo de hegemonía. La economía neoclásica es de suyo un caso típico de hegemonía ideológica globalizada, dado que sus principios impregnan las normas y regulaciones de las principales instituciones del comercio y las finanzas transnacionales. Todos ellos funcionan como «aparatos ideológicos globales», aunque, por supuesto, también detentan un poder de coerción económica. Las expresiones más directas del aparato ideológico del mercado son los medios de comunicación de masas, la publicidad, el «mundo de los centros comerciales», etc. Estos mecanismos no sólo son comerciales, sino también ideológicos. Su mayor poder reside en su recurso al «sentido común», a las necesidades corrientes que convierten a las personas en consumidores que siguen voluntariamente la lógica de mercado en sus vidas cotidianas. Los aparatos ideológicos de mercado tienen un carácter fuertemente despolitizador.

Las tres componentes de la hegemonía discutidas más arriba no operan de forma abstracta y separada una de otra, sino que forman redes de poder que se enmarañan entre sí. Son intrínsecas a los mecanismos e instituciones sociales contemporáneos, intrínsecas a la actividad y las creencias humanas. La política despolitizada está estructurada como esta red de hegemonía, que constituye un aspecto esencial para comprender la situación actual de China. La hegemonía contemporánea suele utilizar las contradicciones internas para ampliar su operatividad. Por ejemplo, la política económica de China y su trayectoria de desarrollo están encerradas dentro del proceso de globalización capitalista, entre cuyos resultados han de incluirse las sucesivas crisis financieras y las crecientes tensiones y desigualdades sociales. En China, sin embargo, la globalización capitalista nunca es considerada como un factor en las contradicciones y conflictos de intereses en el ámbito nacional.

¿Desnacionalización?

El clima de mayor apertura en China durante las décadas de 1970 y 1980 permitió definiciones de autonomía y liberalización que cuestionaban los aparatos ideológicos del Estado. Sin embargo, este «proceso de desnacionalización», tal como fue conocido dentro de los círculos de la intelectualidad crítica, no dio como resultado una repolitización. Antes bien, toda vez que tuvieron lugar precisamente cuando la autoridad soberana del Estado nación comenzaba a verse cuestionada por las nuevas fuerzas de la globalización capitalista, los procesos de autonomía y liberalización del periodo fueron reincorporados a la dinámica de despolitización y a la consolidación de la hegemonía ideológica internacional.

En realidad, la «desnacionalización» indica el resultado de un conflicto feroz entre dos diferentes sistemas políticos nacionales, entre dos ideologías. Se entiende que la «nación» que ha de ser «desnacionalizada» hace referencia únicamente a la nación socialista. La desnacionalización, por lo tanto, es sencillamente el proceso de identificación con una forma hegemónica diferente. En la China contemporánea, la ideología antisocialista utiliza la imagen del antiestatismo para ocultar su íntima conexión con esta nueva forma nacional. Sin embargo, el análisis que figura más arriba acerca de las múltiples dimensiones de la hegemonía demuestra que esta nueva forma de ideología del Estado tiene también una dimensión supranacional, que a menudo se expresa a sí misma como un ataque al Estado desde la posición supranacional.

Este proceso de desnacionalización se ve acompañado por una despolitización ideológica, incorporada en la nueva forma de hegemonía que privilegiaba la modernización, la globalización y el mercado. La «desnacionalización» presupone la erosión de toda distinción entre el poder del Estado y el aparato del Estado. Una vez que esta distinción se ha visto eliminada, el espacio para la lucha política se ve reducido, y los problemas políticos se tornan en un proceso «apolítico» de desnacionalización o desestatización. A decir verdad, buena parte de los movimientos sociales de hoy en día (incluidas la mayoría de las ONG) son de suyo una parte del proceso de despolitización. Han sido absorbidos por el aparato del Estado, o bien se han sometido a la lógica de las fundaciones nacionales o internacionales. No sólo son incapaces de proponer concepciones diferentes del desarrollo, la democracia o la participación popular; en realidad funcionan como piezas de los mecanismos globales despolitizados. Así pues, una de las cuestiones urgentes de nuestra época consiste en cómo superar la despolitización que los movimientos sociales se han autoimpuesto, y en cómo vincular un internacionalismo crítico con las luchas políticas dentro del marco del Estado nación.

Hoy, todo desafío a la lógica fundamental de la política despolitizada exigirá que identifiquemos las fisuras dentro de las tres formas de hegemonía; que desmontemos la cualidad totalizadora de estas esferas y encon-

tremos en su seno nuevos espacios para la lucha política. La globalización contemporánea y sus instituciones fomentan la transnacionalización de las finanzas, la producción y el consumo, pero al mismo tiempo se esfuerzan por limitar la inmigración en el marco de la regulación estatal, creando así rivalidades regionales entre los trabajadores. Nuestra respuesta no puede consistir en batirse en retirada en términos nacionalistas, sino más bien en desarrollar un nuevo internacionalismo crítico para exponer las contradicciones internas de la globalización. En China, debido a los enormes conflictos entre la práctica de las reformas y los valores socialistas, sigue habiendo contradicciones internas entre el movimiento de reformas y los AIE. De resultas de ello, los AIE están transformándose en aparatos represivos del Estado, que se sirven de la fuerza o de la autoridad administrativa para imponer un sistema de control. A este respecto, los AIE chinos operan con arreglo a una lógica de desideologización y despolitización, aunque hacen sus llamamientos en el lenguaje de la ideología.

Atendiendo por encima de todo a las exigencias de legitimación, el Partido Comunista Chino, aunque rechazó a fondo la Revolución Cultural, no repudió la Revolución china o los valores sociales, ni el conjunto del pensamiento de Mao Tse-Tung. Esto ha provocado un doble efecto. En primer lugar, la tradición socialista ha funcionado hasta cierto punto como una restricción interna de las reformas estatales. Cada vez que el sistema de partido-Estado llevó a cabo un cambio de política de cierta envergadura, tuvo que hacerlo en diálogo con esta tradición. Tuvo que expresar, como mínimo, su anuncio en un lenguaje particular ideado para armonizar el cambio de política con los objetivos sociales que proclamaba. En segundo lugar, la tradición socialista daba a los obreros, campesinos y otras colectividades sociales algunos medios legítimos para impugnar o negociar los procedimientos de mercantilización corruptos o creadores de desigualdades emprendidos por el Estado.

De esta suerte, dentro del proceso histórico de negación de la Revolución Cultural, una reactivación del legado chino proporciona a su vez una apertura para el desarrollo de una política futura. Esa apertura no es una vía de regreso al siglo xx, sino un punto de partida en la búsqueda de medios que permitan romper el dominio de la ideología de la política despolitizada tras el fin de la época revolucionaria. En una situación en la que todas las formas anteriores de subjetividad política –partido, clase, nación– se enfrentan a la crisis de despolitización, la búsqueda de nuevas formas debe verse acompañada por una redefinición de los límites mismos de la política.